

CLEOPATRA

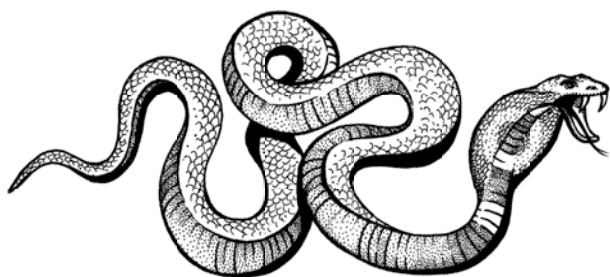
SAARA EL-ARIFI

CONTRALUZ



CLEOPATRA

SAARA EL-ARIFI



Traducido del inglés por Ana Isabel Sánchez

CONTRALUZ

Título original: *Cleopatra*

Primera edición: marzo de 2026

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



CLEOPATRA © 2026 by Siddig Ltd

© de la traducción: Ana Isabel Sánchez, 2026

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 979-13-87810-35-1

Depósito legal: M. 389-2026

Printed in Spain

*Para mi madre, Karen El-Arifi,
que me enseñó lo que era ser
madre, esposa y amiga*

NOTA DE LA AUTORA

Ginésthoi [Que se haga]

CLEOPATRA

Existe un papiro, firmado en griego antiguo, que algunos arqueólogos creen que fue escrito por Cleopatra. De ser así, es la única anotación que se conserva de la voz de la faraona en su propia historia.

Esta es una historia real. Tan verdadera como cualquier otra biografía de Cleopatra VII. A pesar de ser una de las mujeres más famosas de la Antigüedad clásica, sabemos muy poco sobre la vida que llevó. Los historiadores en los que nos hemos basado para narrarla vivieron siglos después de su muerte. Plutarco —con toda probabilidad la fuente que predomina en *Antonio y Cleopatra*, de Shakespeare— recoge uno de los relatos más completos de su historia en *Vida de Antonio* y *Vida de César*, aunque entre sus fuentes se contaban su bisabuelo —que nunca conoció a la reina— y un desertor del ejército de Antonio, Delfio. Las menciones de los contemporáneos a la faraona son fugaces y rara vez sustanciales. Los hombres cuyas palabras

se conservaron, como por ejemplo Cicerón, eran a menudo originarios de Roma y sus opiniones estaban moldeadas por la propaganda de la República romana. Solo se da noticia de la leyenda de Cleopatra con relación a Antonio y César; demasiado significativa para hacer caso omiso de ella, demasiado incómoda para merecer su propia narración.

Por tanto, en lo que a Cleopatra se refiere, debemos recelar siempre de los absolutos. Nadie puede afirmar con certeza quién fue su madre, tampoco a quién amó ni por quién fue amada. En consecuencia, en todas las decisiones que he tomado en esta novela se entreveran la intención y la interpretación.

Una nota sobre los nombres: algunos los he representado como sus transliteraciones, como Marcus Antonius, y en otros casos he conservado el familiar moderno: la diosa Isis en lugar de la diosa Aset*. Del mismo modo, me he rebelado contra la coherencia histórica para facilitar el reconocimiento; por ejemplo, Plutarco menciona que Cleopatra hablaba la lengua del «pueblo árabe», que en aquella época debía de ser el arameo, pero, por ser más conocido, he hecho alusión al árabe. También he jugado a ser Dios en lo que se refiere a las fechas y las cronologías: sencillamente, en la vida de Cleopatra ocurren demasiadas cosas como para plasmarlas todas en la página. Y luego están los sucesos que han nacido de mi imaginación, lo cual no significa que sean menos ciertos. El mito de Cleopatra ha

* Aunque mantenemos este apunte de la nota de la autora, en español no se han mantenido los nombres latinos en ningún caso. (*N. de la T.*)

impregnado la memoria colectiva. Su leyenda vive en la mente de gran cantidad de personas, mucho más allá de lo que la historia nos ha proporcionado.

Busqué la voz de Cleopatra en el polvo de entre los tomos. Y, desde esa quietud antigua, me respondió.

Esta novela no es historia, es memoria.

PRÓLOGO

Conocéis mi nombre, pero no me conocéis a mí.

Vuestros poetas han cantado sobre mi corona mancillada, vuestros bardos han hablado acerca de mi infinita variedad.

Durante milenios, habéis intentado poner en orden los hilos de mi vida para contemplar el tapiz completo. Pero esos hilos son rebeldes, se retuercen y se alejan de vosotros para oscurecer la verdad.

Además, siempre he preferido las alfombras a los tapices, como bien sabéis.

Habéis intentado analizar los tonos de mi piel y cribar los rubíes carmesíes de mi sangre, sobre los que calculabais mi valor.

Los hay que buscáis mis huesos. Pero mis raíces yacen a gran profundidad bajo la tierra y el barro de toda mujer que ha respirado.

Como las venas azules que revolotean bajo la piel translúcida de vuestra muñeca, soy el Nilo de vuestro cuerpo y las aguas turbulentas de vuestro corazón.

Fui faraona una vez, esposa dos, madre más de tres.

Siempre he sido lo que la gente anhelaba encontrar. Algunos me llamaban reina, amante, mamá. Otros me llamaban bruja, villana, puta. Cada arquetipo es un ladrillo que me ha elevado como las grandes pirámides, cada vez más lejos de mi humanidad hasta convertirme en nada más que un mito.

Es difícil conocerme a tanta distancia.

Mi imagen titila tras la neblina cargada de arena del atardecer egipcio. ¿Soy un espejismo? ¿O el agua que buscáis?

Conocéis mi nombre, pero no me conocéis a mí.

Soy Cleopatra. Esta no es la historia de cómo morí.

Sino de cómo viví.

PRIMERA PARTE

LA BRUJA

«Tenía el poder de subyugar el corazón
de todo el que conocía»

DION CASIO, *Historia romana*

«La noble ruina de su magia»*

WILLIAM SHAKESPEARE, *Antonio y Cleopatra*

«El contacto de su presencia... y el carácter que acompañaba
todo lo que decía o hacía eran algo hechizante»

PLUTARCO, *Vida de Antonio*



* ¡Ser ruinoso y noble, ambas cosas! A veces, cuando me quedo muy quieta, oigo los susurros de todas las interpretaciones en el viento.

Desde niños recitando versos en escenarios desvencijados hasta ancianos marchitos saboreando las palabras del bardo como un vino añejo. Aunque da igual cuál sea su edad o su experiencia: ninguno de los intérpretes sabe de qué —o de quién— habla.

CAPÍTULO UNO

51 A. E. C.

Mordí la carne del higo, cuya piel estaba caldeada por el calor del sol.

Mientras masticaba, Carmión me observó con los ojos amusgados. El viento le alborotaba el vestido de lino y tiraba del cuello de este hasta descubrir el resplandor de su piel ligeramente bronceada por el sol.

Durante todos los años de mi vida, Carmión había sido mi compañera y mi sierva. Su madre había sido mi ama de cría. Y, así, estábamos unidas para siempre por la leche que nos había fortalecido de bebés. A los dieciocho años, la posibilidad todavía nos brillaba en los ojos, pero nuestras mejillas habían perdido la carnosidad de la juventud.

Aunque en los años anteriores habían existido algunos momentos destacables, mi historia para vosotros comienza aquí. El día en el que me convertí en faraona.

El crujido de las semillas del higo dentro de mi boca era el único ruido que había entre nosotras.

Entonces, Carmión habló con voz solemne:

—No puedes negar lo inevitable.

Dejé el higo a medio comer en el suelo, entre las dos. Con la otra mano, levanté las tablillas del juego y las apreté en el puño.

—No creo que tu victoria sea inevitable.

Nos hablábamos en árabe, una de las nueve lenguas en las que nos habían instruido. Aunque en la corte utilizábamos tanto el egipcio como el griego, el árabe era solo para nosotras.

Todo había comenzado cuando un *hakawati* ambulante procedente de la gran ciudad de Gaza había pasado por Alejandría. Yo tenía once años y ya había desarrollado cierta debilidad por los relatos.

Le rogué a mi padre que invitara al contador de historias al palacio. Durante tres noches, el *hakawati* se instaló en el templo. Y durante las tres noches que pasó allí, Carmión y yo permanecimos a su lado. Sus cuentos nos llenaron de asombro, tanto, que pedí quedármelo.

—No soy tuyo para que me pongas en un estante como un adorno o una baratija —dijo el *hakawati*.

Los guardias de la entrada del templo se tensaron, pero no les hice caso.

—¿Por qué no? —pregunté con auténtica curiosidad.

Todavía no había encontrado nada que no pudiera hacer mío. Era una Ptolomeo. Mi sangre estaba prendida con la chispa de la divinidad.

El *hakawati* sonrió con educación, mucho más consciente que yo de los guardias que tenía a la espalda.

—¿Le pedirías a un pez que dejara de nadar?

Lo medité. La verdad era que sí, que lo haría si quisiera comérmelo, pero me pareció que esa no era la respuesta que el hombre estaba buscando.

—No.

—¿Le pedirías a un hipopótamo que dejara de sonreír?

—Nunca.

—Entonces no puedes pedirle a un *hakawati* que deje de viajar. Forma parte de nuestra naturaleza. Sin viajes, nos quedaríamos sin historias. Y, sin historias, no tendría nada que contar.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Aquello sonaba realmente horrible.

El *hakawati* vio mi angustia y se arrodilló en el suelo a mi lado.

—No te preocupes, hay otro modo de mantener una parte de mí aquí. Cuenta mis historias, una y otra vez.

Recuperé la sonrisa. Eso sí podía hacerlo.

Durante años, Carmión y yo habíamos repetido los cuentos del *hakawati*, y todos los relatos se transformaban en algo nuevo con cada narración. Fue así como el árabe se convirtió en la lengua que usábamos entre nosotras.

En aquel instante, levanté la mirada hacia mi sierva. La sinceridad de su expresión se había desvanecido, sustituida por algo más juguetón.

—Fíjate en los marcadores, deberías darte por vencida —dijo.

Me levanté con la excusa de que necesitaba una perspectiva mejor para ver el tablero de senet. Tenía ese tipo de astucia, siempre estaba fingiendo de una forma u otra. Era manipuladora, dirían los perversos, aunque yo no lo veía así.

Desde el momento en el que el primer llanto me brotó del pecho, me enseñaron a ser algo más de lo que era.

Quería ser un bebé, pero había nacido hija de un faraón. Así que me limpiaron el icor del parto de la piel y me envolvieron en telas ribeteadas de oro. Acallaron mis gritos con una piedra de ámbar pulido, un pobre sustituto del pezón materno.

A pesar de que era demasiado joven para recordar el peso de la piedra, a veces todavía me la imaginaba lastrándome la lengua. Les ponía la zancadilla a mis palabras y me llenaba las mejillas, sobre todo, cuando elegía ser osada.

—¿Da... Dar-me por vencida? No lo haré.

Estábamos jugando en el balcón del faro, mi lugar de calma y esparcimiento. Lo bastante cerca del dios Ra como para sentir su mirada golpeándome la frente y lo bastante lejos de mis obligaciones del palacio. Pese a que el horno que teníamos encima irradiaba calor, era preferible a la quemazón de muchas miradas allá donde fuera. A veces, si el viento soplaba del este, el humo serpenteaba hasta llegar a la ventana de mi dormitorio y sazonaba mi sueño con brasas y ceniza.

El juego de mesa reposaba en el suelo entre ambas. Carmión era mejor jugadora, pero yo era demasiado orgullosa para admitirlo. Al contrario, empezaba cada partida con la misma esperanza ridícula de que algún día la vencería.

Hice rodar las tablillas del juego en la mano, frustrada.

—Por la ira de Amón —maldije cuando una astilla se me clavó en la palma de la mano.

—¿Estás bien? —me preguntó Carmión con aire preocupado.

Una ligera película de sudor le brillaba sobre el labio superior.

Aproveché la oportunidad para blandir la mano hacia ella. Pero, en lugar de mostrarle la herida, me precipité hacia delante y tiré las tablillas por el balcón.

Carmión me miró a los ojos, con una ceja oscura arqueada.

—Entonces, ¿te das por vencida?

—Jamás —contesté con una sonrisa.

Ella se echó a reír y juntas nos asomamos al borde del balcón.

Alejandría se extendía ante mí. La ciudad no tenía ni la belleza de Roma ni la grandeza de Babilonia. No, Alejandría no era una ciudad para ser admirada, era mucho más que eso. Vivía y respiraba como una bestia.

Los marineros se gritaban de un extremo al otro del puerto, la cacofonía de muchos idiomas resonaba por toda la ciudad como una manada de lobos que ladraba y aullaba durante la caza. Aunque estábamos muy por encima de los muelles, olía el chamuscado salobre de las anguilas que se cocinaban al fuego. Los barcos ondulaban sobre las olas a lo largo de toda la costa, las velas multicolores destellaban como las escamas de una serpiente marina.

Al sur, la calzada Heptastadio conectaba el islote del faro con tierra firme. Más allá, los toldos de los puestos del mercado bordeaban las calles y, aunque no los veía, imaginaba a los comerciantes haciéndoles gestos enfáticos a sus clientes.

No podías separar a los ciudadanos del latido de la ciudad; eran uno solo. Asiáticos, partos, griegos, egipcios; con

independencia de cuál fuera su origen, el limo del delta del Nilo les espesaba la sangre. Le confería un carácter salvaje a la ciudad, domada solo por los faraones que la gobernaban: mi familia.

«Pronto seré yo».

Sin embargo, no estaba segura de poseer la fortaleza necesaria para refrenar al pueblo de Egipto.

Mis dudas no eran nuevas, aunque se habían agudizado desde el inicio de la afección de mi padre. No le quedaba mucho tiempo antes de partir de este mundo hacia el otro.

Mientras él se ponía cada vez más enfermo, yo sufría el tormento de soñar con mi propio reflejo; como las facetas de una joya, cada lado era una versión diferente de la faraona que iba a ser. Una era cruel y despiadada; otra, misericordiosa y gentil. Todos los ecos de mi ser eran desconocidos para mí, y me despertaba bañada en un sudor helador, perseguida por las extrañas de mi mente.

No estaba lista para ser faraona. Aunque me pregunto si alguna vez habría llegado a estarlo de verdad. Sin el talento de la profecía, jamás habría estado bien preparada para los años que se siguieron. Nadie podría haber estado preparado para vivir la vida que yo iba a llevar. Debo perdonarle este defecto a mi yo más joven, al menos.

Carmiön se inclinó sobre el balcón, con las cejas fruncidas, ajena a mis oscuros pensamientos.

—No creo que desde aquí alcancemos a ver lo que has sacado, así que supondremos que he ganado.

Una brisa repentina me desbarató una trenza del moño que tenía sobre la cabeza. Carmiön se movió de inmediato para volver a colocarla en la tiara.